

# Semana Santa: como un personaje más

Un taller para rezar “desde dentro”: meterte en la Última Cena, la Cruz y la Resurrección como un personaje más.

Porque cuando te metes en la escena, descubres que todo esto también va contigo.

## Método

Contemplación activa. No leer la historia desde fuera, sino estar dentro de la escena.

## Oración introductoria

***Señor mío y Dios mío, creo firmemente que estás aquí. Que me ves. Que me oyes. Te adoro con profunda reverencia. Te pido perdón de mis pecados y gracias para hacer con fruto este rato de oración. ¡Madre mía inmaculada, San José mi padre y Señor, Ángel de mi Guarda, ¡interceded por mí!***

## Oración final

Puedes terminar este rato de oración poniéndote de rodillas y diciéndole al Señor:

***Te doy gracias, Dios Mío, por todos los propósitos que me has comunicado en este rato de oración. Te pido ayuda para ponerlos por obra. ¡Madre mía Inmaculada, san José mi padre y Señor, ángel de mi guarda, interceded por mí!***

# Jueves Santo: Ardientemente he deseado celebrar esta Pascua con vosotros (Lc 22, 15)

## Baja las revoluciones

Al comenzar este rato de oración, te animo a que busques un silencio de verdad. Deja fuera el ruido y las prisas; basta con que pienses en esta idea: no tienes que saber nada especial ni decir frases brillantes, solo dile a Jesús que quieres que Él llene tu vida. Él sabe bien lo que tiene que hacer. Estamos en pleno Triduo Pascual, los días más importantes del año, y si notas que los oficios de Semana Santa son más largos es porque la fiesta así lo requiere: lo bueno se cocina a fuego lento.

## Un gran evento con una invitación “ardiente”

Vamos juntos a la escena de la Última Cena. Es lo que podríamos llamar el “divino protocolo”. Todo está preparado con un cuidado extremo; si te fijas, en esa mesa no falta ni un detalle, todo está en su lugar, como ocurre en las grandes ceremonias. A veces, en las bodas, los invitados encuentran en su sitio una dedicatoria personalizada hecha por los novios; algo pensado exclusivamente para quien va a ocupar ese lugar. En esta cena, la última, sucede lo mismo: Jesús ha cuidado cada detalle pensando en ti.

Él comienza diciendo: **“Ardientemente he deseado celebrar esta Pascua con vosotros” (Lc 22, 15)**. Es un amor encendido, un fuego que casi debería

hacer arder la pantalla o el papel al leer estas palabras. Nos quiere tanto que había planeado este encuentro desde hace mucho tiempo. Señor, en esta cena no sobra nadie; hay un sitio con mi nombre y yo también estoy invitado a sentarme en la mesa presidencial, justo a tu lado.

Entra con la imaginación en esa sala y disfruta del banquete. Es el momento de compartir con el que preside, de preguntarle por qué ha organizado todo esto y cómo es posible que haya pensado en ti. No dejes que tanto detalle te agobie; al revés, descubre que es el cariño lo que genera todo este despliegue.

## El outfit, el corazón a punto

Y ante una celebración tan grande, es oportuno que revises tu outfit, no solo por fuera, sino especialmente por dentro. Mira tu vida, observa con atención tu alma y descubre si estás en condiciones de participar. Quizás te salga decir aquello de: **"Señor, no soy digno de que entres en mi casa..."**. ¿Necesitas una buena confesión? Estar elegante no es sólo una cuestión de imagen externa, tiene mucho que ver con tu intención, lo que buscas de verdad. La actitud define mejor nuestra intención. Te animo a que estos días hagas las cosas por amor a Dios.

Al final, lo que celebramos es el encuentro íntimo con un Dios que muere en la Cruz para salvarnos. A veces estas palabras nos suenan formales o frías, pero esconden una fuerza inmensa. Tu amor ardiente por mí, Señor, necesita un alma renovada y libre, y para eso me ofreces el regalo de la confesión.

## El misterio: Dios no sabe esperar

Sabiendo a quién recibo, con el alma en gracia y guardando el ayuno, puedo participar plenamente de este encuentro. Hoy, Jueves Santo, Cristo decide quedarse conmigo para siempre en la Eucaristía, en el sagrario. Es tanto el amor que Dios nos tiene que no puede esperar a que lleguemos al Cielo; quiere compartirlo todo aquí y ahora.

Señor, mendigas mi amor desde el copón, con una libertad que me desconcierta porque no quieres obligarme a nada, solo invitarme. Ayúdame a tratarte con una delicadeza nueva, con esa delicadeza propia de los que están enamorados. Que al terminar este rato, tú y yo podamos arder en amor como lo hace Jesús y como lo hace nuestra Madre, Santa María.

# Viernes Santo: "La sed de Dios: entrar en la herida"

Hoy el silencio es distinto. No es un silencio de vacío, sino de muerte y de respeto, porque estamos ante el momento más crudo y real de la historia. Es un silencio de luto.

Te invito a que te sitúes mentalmente al pie de la Cruz. Olvida por un momento las frases hechas y mira la escena: Jesús está ahí, agotado, roto, con la vida escapándose entre los dedos. Y en medio de ese dolor, lanza un grito que es para ti: **"Tengo sed"**. No es solo una sed física de agua o de alivio; es el grito de un Dios que está sediento de ti, de tu presencia, de tus ganas de vivir y de tu libertad. Señor, me impresiona que seas Tú, el dueño de todas las fuentes, quien mendiga un poco de mi atención. Me desconcierta pensar que mi amor, que a veces es tan frío y tan intermitente, sea lo que calme tu sed en la Cruz.

También me rompe de dolor el ver que tus sufrimientos son por causa de mis errores, de mis olvidos, de mis descuidos, de mis desamores. De toda la humanidad. Señor, no hay ningún pecado que no hayas perdonado en la Cruz. Esta Cruz es de dolor y de salvación.

A veces nos da miedo acercarnos a la Cruz porque preferimos las cosas que brillan, lo que no duele, lo que sale bien a la primera. Pero hoy el Señor te invita a no pasar de largo, a no quedarte como un espectador que mira desde lejos. **Te pide que entres en su herida.**

Entrar en la herida de Jesús no es algo morboso. Es entrar en el refugio definitivo. Es el único lugar donde nuestras propias heridas –nuestros complejos, esos fracasos que no contamos a nadie, o esa herida que nos han hecho y que no termina de cerrar– dejan de doler para empezar a sanar. En el costado abierto de Cristo hay sitio para todo lo tuyo. No tienes que fingir que eres perfecto ni que tienes un *outfit* impecable. A la Cruz se viene con la verdad por delante. Señor, quiero meter mi cansancio en tu herida y descubrir que mi dolor no te es indiferente, que Tú lo has sentido primero.

Mira a la Cruz. Así sabrás que admirar la Cruz es entender que no hay distancia que Dios no haya recorrido por ti. Su sed es el deseo de que vuelvas a casa, de que dejes de buscar la felicidad en pozos que no sacian y te acerques a Él, que es la Fuente.

Quizás hoy puedas preguntarle: **"Señor, ¿qué ves en mí para que valga la pena tanto sacrificio? ¿Qué tiene mi amor que te hace gritar que tienes sed?"**. Al entrar en su herida, descubres que no hay juicio, solo una acogida infinita. Es el momento de dejar de huir de nuestras fragilidades y entregárselas a Él, permitiendo que su sangre limpie nuestra historia.

María acoge entre sus brazos a su hijo cadáver. No hay dolor comparable a su dolor. Su corazón está como traspasado. Madre, hoy quiero acompañarte en tu dolor sólo con mi presencia. No digas nada. Sólo quédate con Ella. Sólo. Nada más.

Pero después de este grito y de este sacrificio, llegamos al **Sábado Santo**. Es el día del silencio absoluto. La liturgia se calla, el sagrario está vacío y parece que el mal ha ganado la partida. Es un día para aprender a esperar cuando parece que Dios no responde, cuando nos sentimos solos o cuando los planes no salen como esperábamos. Es el silencio de la tumba, pero también el silencio de la semilla bajo tierra, que está trabajando aunque nadie la vea.

Este sábado nos enseña que Dios también actúa en las pausas, en los momentos de oscuridad de nuestra vida donde parece que nada se mueve. Es el día de **acompañar a María**, la única que mantiene encendida la llama de la fe mientras todos los demás han huido o se han rendido.

Te pido, Señor, que este Sábado Santo no me desespere tu silencio. Ayúdame a entender que cuando callas es porque estás bajando a mis propios abismos para rescatarme. Enséñame a habitar este silencio sin miedo, a no intentar llenarlo con ruido o distracciones para escapar de la realidad. Que este tiempo de espera sea una oportunidad para purificar mi deseo y para entender que, tras el silencio más largo de la historia, siempre termina amaneciendo. Pídele a la Virgen que te preste su fe para saber que la herida del Viernes no es el final, sino la puerta de entrada a la luz que está a punto de estallar.

# Domingo de Resurrección: la alegría eterna

Después del silencio eterno del sábado, hoy todo estalla. No es una alegría de postureo, de esas que se pasan cuando termina la fiesta, sino una alegría que nace de una noticia que cambia las reglas del juego para siempre: **¡Ha resucitado!** El vacío de la tumba es ahora el espacio más lleno de la historia. Si el Viernes Santo entrábamos en su herida para refugiarnos, hoy esa misma herida es un canal de luz.

Señor, me impresiona que conserves las llagas de la pasión en tu cuerpo resucitado; están ahí para recordarme que el dolor no se olvida, sino que se transforma, que la última palabra no la tiene la muerte, ni el pecado, ni ese error que creías que te iba a marcar de por vida.

Hoy celebramos la causa de nuestra salvación. A veces nos perdemos en explicaciones complicadas, pero la salvación es simplemente esto: que Dios te quiere vivo, y te quiere libre. Jesús ha roto las cerraduras de todos nuestros miedos y ha salido del sepulcro para decirte que ya no hay nada que pueda separarte de Él. Tu *outfit* hoy tiene que ser el de la alegría auténtica, esa que surge al saber que eres amado con un amor que ha vencido al mismísimo infierno.

No es solo un *mood*, es más profundo, es lo que da estilo a toda tu vida. Hijos del Dios resucitado: eso somos. Ya no tienes que vivir como un esclavo de lo que los demás piensen de ti, ni de tus propias inseguridades. Cristo está vivo y, al estar vivo, lo llena todo: tu cuarto, tu universidad, tus relaciones, tus momentos de soledad.



Fíjate en **Juan**, el apóstol joven. Me encanta imaginar su reacción al oír la noticia de las mujeres. Él no se queda esperando a ver qué pasa; él corre. Corre con la fuerza de quien tiene veinte años y el corazón encendido. Juan nos representa a todos los que buscamos algo real: llega al sepulcro primero porque **el amor le da alas**, porque no se conforma con lo que le cuentan.

Y lo más increíble es que, al entrar y ver las vendas por el suelo, el Evangelio dice que **"vio y creyó"**. Juan no necesitó ver a Jesús físicamente en ese instante para saber que la Vida había ganado. Tuvo esa intuición propia de la juventud que sabe reconocer la huella de Dios incluso en el vacío. Juan se identifica contigo porque él también tuvo miedo el viernes, pero el domingo se dejó contagiar por la esperanza más loca. Él nos enseña que la fe no es una teoría, es un impulso que te hace correr hacia la Verdad.

Imagina también por un momento ese encuentro que no narran los Evangelios, pero que el corazón nos dicta: el abrazo entre Jesús y su Madre en la luz de la mañana. **María**, que fue la única que mantuvo la lámpara encendida cuando todos los demás se daban por vencidos, es ahora la primera en recibir el beso de su Hijo Resucitado.

Qué alivio debió sentir el Señor al ver los ojos de su Madre, los únicos que nunca dudaron, los únicos que supieron leer en su cuerpo roto del Viernes la promesa de la gloria. En ese encuentro, Jesús le confirma que todo el sufrimiento ha valido la pena y que ella ya no es solo su madre, sino la madre de una humanidad nueva que acaba de nacer de esa tumba vacía.

Tras este encuentro íntimo, María se convierte en el motor que pone en marcha a los discípulos. Ella, que conoce a su Hijo mejor que nadie, es la que anima a los apóstoles cuando todavía están encerrados por miedo a los judíos.

Me la imagino yendo de uno en uno, con una paz que desarmaba sus remordimientos, diciéndoles: **"No tengáis miedo, Él está vivo, yo lo he visto"**. María no les echa en cara que lo abandonaran; al contrario, los sostiene, los empuja a salir y les ayuda a entender que la misericordia de Jesús es más grande que su traición. Ella, apoyada en el ímpetu renovado de Juan, transforma ese grupo de hombres hundidos en una comunidad que arde en deseos de comerse el mundo.

¿Te das cuenta de la fuerza que tiene esto? La Resurrección es el divino protocolo llevado a su máxima expresión: la victoria total. Jesús no ha vuelto a la vida para quedarse en un libro de historia, sino para caminar a tu lado en la calle. Nuestra salvación es que Tú, Señor, has ganado la partida por nosotros, y que ahora tu vida corre por nuestras venas. Hoy es el día de sacudirse el polvo del camino y dejar de vivir con cara de derrota.

Pídele a María y al joven Juan que te contagien esa seguridad que ellos tenían, que te enseñen a ser un motor de esperanza para los que te rodean y a vivir siempre con la certeza de que, porque Él vive, tú también vivirás para siempre. ¡Aleluya!